

EDICIONES MINIMAS

CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

Directores: Ernesto Morales y Leopoldo Durán

ANDRÉS TERZAGA

Líneas

BUENOS AIRES

1916

ANDRÉS TERZAGA

Líneas.

EDICIONES MÍNIMAS
BUENOS AIRES
1916

Una nueva voz, clara, serena y armoniosa, pronúnciase ahora entre las voces más armoniosas, más serenas y más claras de América. Esa voz se manifiesta desde un recogido lugar de provincia, y es la expresión de un espíritu solitario y meditativo, maduro de graves y amables pensamientos. De ahí que, leyendo las prosas fragmentarias de Andrés Terzaga, —pues a él nos referimos— hallemos en cada oración la síntesis luminosa de un proceso mental certero y penetrante. Así, cada línea de sus LÍNEAS es algo más que una simple sucesión de palabras... Y es así también como, siendo Andrés Terzaga un escritor,—un admirable escritor,— no es un profesional de las letras. Refugiado en su fortaleza interior, lejos de la vocinglería ramplona, él monologa calladamente sobre cosas humanas y sobre cosas divinas...

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

La noche es la escuela de la muerte. Pizarrón de cifras milagrosas ante nuestra insaciable y legítima curiosidad, en ella empezamos por tantear, y concluimos por aprender, el a, b, c del gran misterio. Aparecen en ella, divinos e intangibles, colmando su ambiente, los "profesores" del porvenir, mientras la maga blanca llega con su paso que no hace ruido. Jamás hubo para ti, en la tierra, tales lecciones de esperanza, tales promesas de vida inmortal. Jamás maestro alguno dejara oír su voz en escenario parecido. Con la sabiduría, que da poderes, vas recibiendo el consuelo, que ayuda a bien morir.

Tiende la vista y aprecia el consuelo: la maravilla estelar, como recién surgida; el azul, esencia y síntesis de turquesas; la amplitud, seno y regazo superiores a los de tu madre; la hondura hacia arriba, escalera por donde suben los dioses; la vaguedad ideal de las nebulosas, lejanas como tu ensueño; el rumor pitagórico, apenas perceptible...

Baja a ti mismo y aprecia, ahora, el consuelo: sientes forrado de seda el pozo negro de tu alma; alguien, no sabes quién, te ha despojado del cuerpo; tus deseos son aladas espirales en la sombra; se te aclaran las ideas; tienes la intuición — aun la certeza — de que te ven y te oyen. Convertido en un sér de cristal, filtras una luz extraña, siéndote imposible ocultar nada.

Ya recibida la lección, insinuada fácilmente en tí por la ayuda del consuelo, te duermes sabiendo y creyendo, bajo la piedad vigilante de tu invisible maestro...

Leo de nuevo el "Quijote", y se despiertan en mí, para redimirme de las ruindades diarias, la buena risa, la piedad, la ternura, el fervor, el respeto, — un inmenso respeto. Me colma no sé qué loco orgullo de raza; me visto de no sé qué loca dignidad; reparto perdones y bienes y castigo injusticias; me armo caballero bajo los milagrosos cielos de florecidos silencios; idealizo mi dama hasta la levedad del suspiro, y me siento capaz de orar y bendecir; me parece rescatadora la brutalidad irreflexiva de mi lanza; me creo con la boca anciana de consejos; hago de mis sueños llanuras manchegas, y de cada pensamiento una temeraria aventura, y de cada sombra un gigante a quien matar; me empurpuro de entusiasmo y me solemnizo de tristeza; alargó mi mano, lirio de seda, para acariciar la cabeza de Sancho, ese mal filósofo de buena entraña; lo doy todo: bienes y corazón. Y ya concluída mi aventura, que fué honor y justicia, y mi deber, que fué resignación y fué amor, me voy lejos, muy lejos, a mi patria, a descansar. Me voy convertido en un par de alas, en un trasunto de nube, en un cuerpecito de pluma, en una columnita de éter, en un temblor de rezo...

Era en mi infancia, durante un crepúsculo pampeano y bajo un cielo altísimo. Las lejanas sierras, de un violeta casi negro, compacto, dibujaban la línea de sus cumbres en la palidez del poniente. Se abrían en el silencio las primeras estrellas...

—Sí, niño; es bien cierto lo que le digo.

—¡Ay, qué miedo! ¿Y cómo no se caen?

—Es que se acomodan de lo lindo, los pícaros!

Don Rosario, un criollo de setenta años, el hombre de confianza de "las casas", me contaba, pegado el pucho a la comisura de los labios, que los cisnes viajan llevando su cría sobre el lomo.

El los había visto, en las grandes lagunas desamparadas del sur, remontar el vuelo con los pichones entre las alas. Yo me quedaba bobo, no pudiendo com-

prender que "los pícaros" no se matasen de un porrazo. Entonces don Rosario añadía, calmoso:

— ¡Qué quiere, niño! Dios les da maña...

El cuento me quedó impreso para siempre, aromando, a través de los años, dolores y miserias; asociado en mi memoria a la figura de don Rosario y al recuerdo de aquel crepúsculo y aquellas sierras lejanas, estrechamente unido a la visión de una inefable, alada maternidad.

Muchas veces, al acordarme de tu alma, se me presenta claro ese cuento. Pienso en un cisne de vuelo infinito que, desde el fondo de los siglos, va hacia el Señor, cargado con las inocencias y las ternezas que han de salvarte: pichones que no ha podido matar la vida!

Tenemos maestros — ¡tantos! — que se pasan la vida enseñándonos a ignorar, y tenemos ignorancias que nos aleccionan y nos confortan como maestros.

He aquí una verdad muy común, pero muy saludable:

Pasamos la mitad de nuestra vida aprendiendo muchas cosas, y la otra mitad tratando en vano de comprender lo que aprendimos. La muerte nos sorprende convertidos en niños, de primeras letras, encorvados sobre la primera cartilla: a, b, c...

El consuelo no sólo cae de manos cándidas...

Séate dado sentir la alegría de tu dolor y la alegría de tu silencio, y te dormirás tranquilo como los niños.

Vives monologando y resignado a monologar. Las respuestas de tus semejantes no son sino los ecos de tus propias palabras. En vano conversas, en vano lees, en vano meditas. Ni el amigo, ni el libro, ni las insinuaciones de tu cerebro, te enseñan nada. Eres una pobre boca parlante en presencia de los miles de bocas mudas de la naturaleza ambiente, que no se dignan contestarte. Te veo solitario y desnudo, portador de una carga imposible, superior a tus fuerzas. Te oigo clamar allá en el fondo de la noche, que es densa en el Génesis y que no concluye en el Apocalipsis...

A los dos lados del tren, yendo de viaje, miraba la pampa extenderse hasta la línea del horizonte. Y me acordé de nuestra alma, que es así, como esa pampa: una tierra abierta a todos los sembradores, bajo el eterno enigma del cielo; ofrecida al trabajo de todos los arados; removida por mil afanes. Y pensé que la misión de cosechar nos está reservada a nosotros solos, eligiendo a nuestro gusto la calidad del producto.

Al margen de "Ligeia", de Edgard Poe

...La vida no se detiene. Brilla "extrañamente" en otros rostros y otras horas y otros días que no sabemos; solivia las losas de las tumbas; llena ámbitos y espacios por sobre nuestras cabezas. Sólo las formas cambian. La "voluntad" de vivir es eterna! — gritan, en silencio, los ojos de Ligeia, luciendo en la cara espectral de Rówena. Y, en silencio, gritan su terror:

—La muerte tampoco se detiene!...

No hay beso de amor que equivalga al consuelo infundido en nosotros por un pensamiento puro.

Conozco el mal de que mueres, sé de lo que te reprochas: has sufrido tanto, que hoy permaneces indiferente ante el dolor ajeno, y en presencia de tus debilidades, vicios y errores, se atenúan los errores, vicios y debilidades de tus semejantes. Sin saber compadecer has llegado a perdonar, mas — ¡pobre de ti! — sin perdonarte a tí mismo.

El peligro del silencio no consiste en poner al hombre frente a frente de sí mismo, sino en hacerle creer que está solo; pero quienes saben o sienten que el silencio está lleno de hermanos — hermanos buenos y malos, como en el sol de la calle — esos tales no le temen. Se entregan o se ponen en guardia, exactamente lo mismo que ante grupos visibles y gesticulantes.

Una cabeza muy grande, un cuerpo muy pequeño, unos ojos de buho, un corazón seco y unas manos de cadáver: he ahí el análisis. — monstruo que mata la poesía y desconoce la madre.

No hay enfermedad más temible que la fiebre de confesión. Devora como el fuego, nos entrega maniatados a las pedradas públicas, y hace que saquemos a la puerta de calle el cajón de la basura...

Crecemos como el árbol: hacia abajo y hacia arriba. Como el árbol, nos perpetuamos en dos sentidos. Quieran tus ángeles — ¡oh hermano mío! — que seas un árbol creciendo siempre hacia arriba, desprendido en absoluto de la noche de tus raíces, de las gredas sin luz donde se clava tu instinto. Un árbol mara-

viloso que, zafándose del suelo, suba; suba llevando en la copa, cada vez más frondosa, el coro inocente de sus pájaros...

La razón cabe toda entera en la imaginación, como una provincia en un territorio. De la misma manera, la una no es más que parte de la otra. Razonar no es sino imaginar con método, trazar rectas y ángulos y recovecos en la imaginación. Razonar es bordar en esa tela, hacerse una casa en ese espacio.

De la primera nace la lógica: arma no siempre noble, moneda con la cual tratamos en el mundo de comprar la verdad... o de obscurecerla. De la segunda nace el celeste y terrible ensueño: ala y garra de espíritus, sabiduría de sabidurías, lobo de corazones. Y existe entre una y otra la diferencia que va de un peinado jardín a una selva virgen.

Tocar una cosa, o poseerla, es ya violarla. Pierde desde ese momento su virtud íntima para caer bajo el dominio de nuestra sensualidad. Debiera bastarnos el ojo para hacernos dueños y señores de mil formas y objetos. El espíritu de contemplación — aun en sus planos subalternos — es lo único que nos lleva a las posesiones puras. Los goces del tacto son propios de lujuriosos y ladrones.

La naturaleza no habla sino con quienes la entienden. En vano el hombre común aguzará el oído y se estrujará el cerebro en el afán de inquirirla. Será por siempre un niño temblando de miedo en las tinieblas. El diálogo sagrado y secreto, grave y sencillo, lo entabla la Esfinge con los hijos del silencio, — sus hijos; y en presencia de invisibles muchedumbres, — sus muchedumbres.

Entre varios que te escuchen siempre habrá un ingenuo dispuesto a recibir tu palabra, y un desconfiado dispuesto, de antemano, a rebatirla. El pri-

mero suele encontrar su igual en el discípulo ansioso de saber; el segundo en el sofista gustoso de complicar las ideas.

Todo es “necesidad” en el hombre, desde el amor hasta el odio. Eso es lo que no comprende la justicia, y de ahí que sus fallos resulten, casi siempre, palos de ciego.

Cuida de que tu optimismo no se torne demasiado rosa. Ser niño es bueno, pero ser hombre es mejor. A los cándidos se los almuerza el diablo.

Cuando la novia — esa nube — se disipa, llega, alucinante y proteiforme, la mujer. Quisiéramos, también, hacerla nube, vestirla de novia. Pero... ¡ya es tarde!

Nuestros amores no los bendice Dios. Los aconseja Ovidio y los relata Boccacio.

El hombre no se asusta de su sombra — proyección estéril — sino de algo más feo: huye de sí mismo como de una mala bestia. Esto lo comprende sin esfuerzo apenas se pone a meditar. Sus proyectos, sus pensamientos, sus sueños y esperanzas — lo mejor de él — tienden, en él, a sacarle de sí mismo. Existe el inconsciente miedo de la propia personalidad, así como existe aquel otro miedo que entra por los ojos. Sin las innumerables legiones de ángeles de la guarda, siempre inclinados sobre nosotros, la locura acaso fuera una ley general al servicio de los reyes de la noche...

La gloria ha sido impuesta siempre a los muchos por unos pocos. Los muchos no sabrían responder concretamente por qué se elevan estatuas a los grandes hombres, aunque aplaudan y finjan admirarse y comprender; y aquellos pocos que les imponen la gloria llegan más tarde, recién — a veces muy tarde — a convencerse de la verdadera grandeza del glorificado, si no sucede al revés... como suele suceder.

Los libros más claros, más demostrables, no suelen frecuentemente, resultar los libros mejores. Hay una especie de innominado crepúsculo formando el supremo encanto, la sutil sabiduría, el misterio, el celeste peligro infundido por los fuertes y los sencillos. Diríase el vaho que sube de las extrañas aguas subterráneas sondeadas por el escritor o el poeta, la atmósfera de una vida ignota, la muselina o gasa invisibles con que aparecen semivelados los entrevistados y fugitivos cuerpos de la belleza y la verdad. Santo hermetismo, remota luz de ensueño, penumbra lunar, alegría y pavor posibles acentuándose a medida que el ojo se torna más y más sabio. Excelente hermetismo, llave de las altas obras defendiéndolas del parecer común y del zarpaço de la crítica gruesa. Precioso hermetismo pregonando la insuficiencia de la palabra, la locura de lo concreto, lo inaccesible del ideal. De ello nos dan testimonio, entre otros, el nunca bien ponderado Emerson, cándido y casto, ave de esperanza que llevaba el alba prendida a las alas; Carlyle, religioso y grave ante los hombres-leyes, vivos y heroicos clarines de la divinidad; Maeterlinck, meditabundo señor incautado de las vertiginosas profundidades del Destino, navegante solitario en mar de almas...

Nadie como un buen lector comprensivo, sabe lo desahogado y lo pernicioso de eso que vulgarmente se llama crítica. Los jueces de las letras, a semejanza de los de la ley, se lo pasan en expedientes y consultas para condenar o dejar en salvo exterioridades, haciendo caso omiso del hombre. En los tribunales de jus-

ticia se vela por el código; en los literarios por un eunuco: el buen gusto fraseológico. Si en los primeros hay falta de amor y desconocimiento respecto del prójimo, en los segundos la misma falta de amor y desconocimiento respecto de la obra a juzgarse. Un libro es un hijo, vale decir una entidad responsable, y por lo tanto superior al traje de palabras con el cual se muestra a nosotros. Son sus intenciones y la bondad de su sangre lo que debe ser juzgado. Son el "acto" y el "hecho" entrañados en el libro, las cosas que toda crítica debe poner de relieve, sin olvidar las virtudes cristianas del consejo falto de malevolencias.

La crítica actual, concretada a peritajes de sastrería, ha enfermado de retórica al escritor y al público que le lee. Pero hay algo más grave: el público digiere las monstruosidades más canallas en honor a la bella retórica. De cien lectores, no hay dos que sean capaces de comprender las obras-madres del genio; ni dos que se interesen por el espíritu-madre, religioso y filosófico, de la antigüedad.

Las pocas, firmes cabezas de estos últimos tiempos, han sido juzgadas por las palabras que dijeron y no por los amplios conceptos que meditaron. Es así como los grandes muertos viven cada día menos en la intimidad de los hombres, y los grandes vivos refugiados en el silencio de los muertos...

Los más empedernidos luchadores contra la retórica, concluyen por formarse una para su uso particular, tan perniciosa, en sus efectos, como la excluida; concluyen por caer y creer en lo mismo que combaten. Es una lucha peligrosa, de la cual es difícil salir con la "personalidad" incólume y aun con personalidad.

Tal ha pasado en nuestra América con cierto escritor argentino, retórico genial, gran luz ficticia; tal pasa, en la majada literaria, con poetitas "modernos" tan vacíos como vanos. Viven por y para la retórica. Son retórica ellos mismos, desde la copa del sombrero hasta la suela de los zapatos. Retórica es su concepto histórico, retórica es su musa cocotte que tiene la desvergüenza — ¡pintarrajeada! — de contar entre sus "maestros" al ingenuo y hondo Darío.

Desdichados quienes luchen por formas, por moldes, por modos de decir, pretextando una ilusoria independencia. Esos paran en modistos, en acomodadores de vidrieras. Jamás olvidaré, en mi insignificancia de ilustre desconocido, el precepto zólesco, precepto macho: "La cuestión no está en gustar o disgustar, sino en ser uno mismo." Y ser uno mismo equivale a mostrarse sincero, en el arte y en la vida, con los baches de sus lagunas y las luces de sus virtudes. No me hará cambiar de ruta la opinión del transeunte, así venga hecha flor de seda o golpe de puñal. Soy como Dios quiso que fuese y no puedo ni podría ser de otro modo. En el órgano de la naturaleza — en la vasta y compleja red de tubos del órgano de la naturaleza — represento un pequeño tubo y he de resignarme, a pesar de todo, fatalmente, a emitir "mi" sonido, "mi" voz. Pueril, inútil aflicción la mía si, predestinado para tenor, suspirase por el medio tono del barítono o la sombra trémula del bajo...

No temas ser como el agua. Prefiere, por lo contrario, imitarla. Ella te ofrece una gran lección. La inconstancia que viera en la onda el creador de "Hamlet", es — en cierto modo y aplicada a un fin estelar, — una sublime virtud. Adapta tu alma al seno de cada cosa, de cada hecho, de cada fenómeno, en lo que te ofrezcan de ley, de trascendente, de eterno. Penetra en el recinto de todos los dioses, derrámate por todos los rincones, llena todos los huecos, eleva la música de tu canto en todas las tinieblas. Sé atrevido. No te asemejes al señor Fulano de Tal, despensero que no conoce más viaje que el de la boca al vientre.

Considera todo lo que existe como un vaso en el cual has de volcarte hasta colmarlo. Sé agua viva, inteligente. Sé agua ansiosa. Que cada sol que muere te encuentre reposando en un lecho distinto, lejos, bien lejos de tu primer arranque...

"El hombre — te dice Emerson — es un río, cuya fuente está oculta." Y bien: no te quedes en el deseo de descubrirla, porque violarías un orden superior, retrocediendo. Río imposible, sea inacabable tu corriente. de tal modo que no encontrando ya en la tierra un

cauce propicio, lo halles en el aire, en el espacio, en las estrellas. Más allá aún; siempre más allá. Para quien quiere ser no existen límites.

Abandónate a las alas, mísero pájaro de duda y de remordimiento, pero sin abandonarte a tí mismo. Vuela rigiendo tu vuelo, pero sin detenerlo: y llegarás, encontrarás tu fuente. El punto de llegada te reserva — así te parezca devaneo — la clave del punto de partida, a la manera de cómo la madurez del fruto te muestra todo el trabajo de la raíz...

Muchas de las doncellas de Shakespeare, exceptuando, acaso, la romántica Julieta y alguna otra romántica, resultan muy poco virginales, muy poco inocentes para ser doncellas: mariposas de fantasía entre los quince y los diez y siete años. Hablan un lenguaje demasiado sabio y sentencioso, hasta retórico, impropio de flores intactas, de niñas ignorantes. Algunas bromean algo grueso; pregustan candentemente los abrazos; se incendian y afiebran ante la primer mirada del varón que les está predestinado; hacen proezas con suma facilidad; no suelen descóncocer "in mente", ciertas posibilidades de la infamia, y de vez en cuando hasta las sacan a flote en sus conversaciones. Resulta extraño que Desdémona, casada, sea todavía más pura que Julieta, virgen. Porcia, la del "Mercader de Venecia", y Rosalinda, la de "Como gustéis" — vayan dos ejemplos — forman, no obstante sus buenas almas, un precioso par de víboras filósofas. Con mucha frecuencia eso es lo que hace la mayoría de las doncellas shakesperianas: filosofar, engañar con disquisiciones la premura ardorosa del sexo. Derrochan un ingenio poco común, poco real, difícil en la vida ordinaria femenina. Su suspicacia, sus impulsos, sus trampas, sus anhelos, son femeninos; su talento, no. Mitad mujeres, mitad pensadores, faldas con barbas: así se muestran a mis ojos las doncellas del inmenso dramaturgo. Lo impagable, en tales caracteres, es Shakespeare mismo, diciendo a cada paso cosas eternas, dejando caer palabras de hierro.

Shakespeare* acaso aparezca de medio cuerpo en sus mujeres, por lo que respecta a la creación de figu-

ras "vivas". Verdaderas creaciones en tal sentido son, sí, sus hombres, moviéndose desorbitados dentro del destino; sintiendo obrar en sus espíritus el mundo de las leyes inexorables; asistiendo, hora por hora, al proceso de sus vidas. Dentro del crimen, pongo por caso, Macbeth es lo perfecto, lo completo, en tanto que su esposa resulta "defectuosamente" horrible en su frialdad calculadora y asáz helada para ser mujer, madre de varios hijos. Se siente que falta algo en esa figura. Se ve que esa figura queda en el terreno de las excepciones. Lady Macbeth es más una mujer de pesadilla que una mujer, y representa, en la tragedia, más a un agente de la fatalidad que a ella misma. En Otelo encontramos, también lo completo, lo perfecto. Desdémona, en cambio, no nos satisface mucho con su pasividad casi artificial y su falta de artes — ¡tan femeninas! — para defenderse de los celos de su marido, para endulzar y apaciguar un tanto las furias del moro. ¡Y no resulta "defectuosamente" casta, y bastante niña, esa mujer que se acuesta todas las noches con un hombre fogoso y que se deja matar como una oveja, sin siquiera el instinto de la defensa, y sabiendo que Dios y la razón están de su parte? ¡Por qué toda esa inocencia sin legítimas armas y toda esa ignorancia de brazos atados? ¡Por qué ha de obrar a sus anchas el asqueroso Yago?...

Hamlet es, asimismo, lo perfecto, lo completo: en su egoísmo, en su tormento, en su duda, en su inquietud, en su ociosidad, en su falta de fe, en su análisis, en su náusea de existir y comprender. Ofelia... Ofelia es única y tiene, al lado de tanta pena y tanta tiniebla realísimas, la consistencia de un suspiro.

Doncellas dadas a filosofar, más ingeniosas que recatadas, más virtuosas que inocentes, y esposas por lo general serviles, esclavas ignorantísimas de sus más naturales derechos, aunque consecuentemente pulcras en sus deberes, hay no pocas en el teatro de Shakespeare, en mengua de la "vida" de ese teatro. La idea, la intención, en veces el símbolo del dramaturgo, en sus mujeres, son otra cosa y merecen el elogio y el himno de pluma menos iliteraria que la de este oscuro tragalibros.

Lo que me importa, en Shakespeare, por sobre sus caracteres, por sobre su conocimiento del corazón hu-

mano, es la eternidad de sus palabras, la libertad de la expresión, el inmenso scplo de destino que hay en su obra. Tal es la médula que la mantiene y la mantendrá en pie. Balzac ha creado figuras vivas tan grandes como las de Shakespeare, y algunas todavía mejores, todavía más vivas. Sus mujeres, precisamente, "viven" más que las mujeres shakesperianas. En el amplísimo poeta inglés, hasta los criados y los rústicos dicen cosas sublimes. El poderoso genio del autor, siempre rebasándose, mata un poco la acción "natural" de sus tipos, que ostentan, en sus palabras, cierto sostenido tono de discurso.

El animal humano — el desconfiado y perverso animal humano — culmina y brilla divinizado, casi, en la madre. Nos asombra tal desarrollo del instinto, tal madurez fructífera de la carne, tal sabiduría, tal conciencia del sexo redimiéndose, ahora, ante el hijo "parido con dolor"; abrazando, besando y presintiendo, ahora, con una pureza de fuego sarto. Se olvidan los preliminares de la génesis allá en la alcoba, llena, acaso, de secretos inconfesables; se lustra y se dora el barro; se constela en plata estelar el espasmo al rojo blanco; llueven virtudes y bendiciones sobre las sienés de una mujer; se atenúan la hipocresía, el engaño, el adulterio; le crecen cándidas alas a la serpiente y se ilumina con una amorosa sonrisa la cara de la esfinge; se eleva un solo templo universal sobre cuya sola puerta de entrada hay escrita una sola palabra, — Madre; se nivelan los hombres para una misma, sola adoración; no se cree en la caída de semejante divinidad, y entonces el genial y el imbécil suelen fraternizar en un mismo prejuicio, atiborrarse de una misma ceguera. Todas las verdades pueden ser dichas, pueden ser gritadas, menos la verdad materna, que ha de vestirse, forzosamente, de verdad-emperatriz. La madre lo gobierna todo, lo rige todo. Desde su sexo, convertido en dios, acalla y desvía la conciencia de sus hijos.

¿Cabén gloria y triunfo mayores en el perverso y desconfiado animal humano?...

Nada hay más difícil que mostrar a los viciosos el horror de sus vicios. Nos hacen pedazos nuestras virtudes mendigas armados de una lógica implacable. Nos sacan al rostro las vergüenzas que tenemos buen cuidado de ocultar. De consejeros resultamos aconsejados y de jueces nos convertimos en reos.

Siempre leo lo mismo en los distraídos ojos de los hombres:

—¿Cuándo, Dios nuestro, nos darás a descifrar tu clave? ¿En qué día del tiempo infinito aprenderán tus hijos a estar alegres?...

Simplezas, simplézas y más simplezas: desde las paradojas del genio hasta las razones del labriego. Las primeras son simplezas hondas. Las segundas, simplezas pandas. En un mundo donde nadie tiene la seguridad de nada, todas las cuestiones se reducen a metro más o metro menos...

Vivir imaginando es vivir degollado. La cabeza separada del cuerpo, vuela convertida en un enorme pájaro: pobre pájaro enorme y absurdo engañado por cuatro reflejos. ¿Qué me traes al volver a tu sitio, pájaro absurdo y enorme? ¿Tus cuatro reflejos? Ellos te engañaron, se quedaron allá...

Tú no me traes nada, pájaro enorme y absurdo. Mi pequeña lámpara me da, sí, más luz que tus cuatro reflejos, que el recuerdo de tus cuatro reflejos.

No obstante sé que me dejarás degollado una y mil veces más, pobre pájaro absurdo y enorme.

(¿Dónde está el asesino?...)

Se cuenta que el mar, uno por uno y en virtud de una ley, saca todos sus granos de arena a la playa para que tomen el sol. Las razas hacen lo mismo con las divinas arenas del alma. Siglo por siglo, año por año, grano por grano, las van revelando a los curiosos ojos de los hombres. Sobre la playa del Tiempo, cuando el hermano Caín sea un ángel, no habrá aguas que oculten los infinitos, milagrosos granos de arena que hoy reposan en el fondo de nosotros.

Bendita, santa tristeza! Eres un crepúsculo que me esclareces. En tu penumbra aumento de volumen... y florezco, a semejanza del cielo cuando se ha puesto el sol.

Veo arder ese leño y se me ocurre que esa llama, des-
pertada por mis manos hace un instante, es una de las infinitas formas del alma. Queda luego un poco de ceniza, un cadáver. Sí, un cadáver...

Sabiendo que todo vive, que en lo menos significativo existe "un algo" pugnando por ascender, creo, con mi acto, haber libertado al leño. Así libertará Dios el fuego que, prisionero, arde en mí...

Hay quienes, revestidos de la más alta autoridad, enseñan que una palabra maldiciente no muere nunca, como tampoco muere una palabra de amor, y que a través del tiempo y del espacio recibimos eternamente su influjo malo o bueno.

Ya lo sabes: no hagas mal uso de tus palabras...

Procura, en tu silencio nocturno, cuando te halles frente a frente de ti mismo, no traicionarte, no pensar mal, no ser insincero, pues ante la mirada de

la Sombra — que es la Luz — no te valen disfraces, encontrándote desnudo, tornándose de cristal las cuatro paredes de tu cuarto.

Sé bueno, sé resignado ante el sufrimiento y te nacerán alas aunque tú no las sientas crecer, y ascenderás aun sin quererlo tú mismo.

Aprende en tu soledad a “sentir” la suprema Presencia, — esa desde donde te llegan los grandes pensamientos, las videncias y las certezas.

Toda la mujer, incluyendo el sexo, reside en sus ojos. Mejor dicho: en la mirada, en aquella luz dulce o terrible, pálida o ardiente, bienhechora o mortal, que la poseedora parece aumentar o disminuir a voluntad en un juego misterioso; en aquella mirada que la inunda de pies a cabeza envolviéndola en un velo sutilísimo. Nadie sabe la postergación o el ascenso que allí le espera, el alba o la noche que perpetuarán su ángel o su bestia.

En presencia de una mujer hermosa nos invade a menudo algo como un vago temor. Es un sentimiento indefinible el que se posesiona de nosotros en su presencia: repulsión instintiva, poniéndonos en guardia ante lo desconocido que hay en ella; atracción animal, casi pregustando los deleites de un posible ayuntamiento; admiración de artista por el arco inefable de las cejas, o por la noble recta de la nariz, o por la gallardía del busto, o por lo diminuto del pie...

Recuerdo muchas lecturas, muchos autores, muchas sugerencias. Recuerdo unos ojos inmensos y asesinos, negros de toda negrura, por los cuales me sentí hombre. Pienso en el pobre Maupassant: “la mujer, con los brazos tendidos y la boca entreabierta, es un cepo donde se precipita el hombre.” Pienso en Schopenhauer — tan calumniado como mal comprendido — y en Heine y en Nietzsche y en una conversación de Alma-

fuerte. Pienso, sobre todo, en los Padres de la Iglesia, que son, a mi juicio, los que supieron ver mejor a la mujer...

Te llama el Arte, o la Belleza? ¿Deseas producirla para consuelo u enseñanza, para domesticar la bestia brava que vive en el fondo del instinto? ¿Deseas para tu arte o tu belleza las virtudes del agua y del pan?... Pues vuelca en la palabra el ritmo de tu sangre, tu heroica intención de amor; refleja en ella el azul estrellado de tu pensamiento sin anhelar la gloria, — esa gloria que aquí en la tierra no va nunca más allá del mármol de su estatua...

Entre aquello de echarme a volar, así sea en delirio, y esto otro de vivir encorvado sobre mí mismo, comiéndome las entrañas, mi elección por lo primero es decisiva: echarme a volar. Dicho queda que prefiero la imaginación al pensamiento; y que no habiendo alcanzado la serenidad del filósofo, arrostró la sonrisita irónica de quien presume serlo. Mi preferencia — permitidme — es la de Goethe, que llegó hasta colocar la imaginación por sobre la misma santísima esperanza. Es ella la "materia prima" del Poeta, la aérea fuga de Pegaso, el regalo de los dioses, la escala de Jacob, toda armoniosa de alas angélicas, lo único verdaderamente celeste y creador que hay en el hombre, lo único que lo liberta. Lo demás camina o se arrastra en él, jadea o suda sangre...

Pensar es vivir bajo tierra, trabajando en posturas de suplicio, emporcados con la negrura del minero, armados de su piqueta que siempre encuentra lo mismo, alumbrados con su pobre lámpara que puede provocar la explosión del grisú, expuestos a la avalancha de las aguas... Semidesnudos, indefensos, en las tinieblas... ¡para que nos llamen escépticos y volterianos!

Beber espacio, regustar el suspirado cielo, respirar infinito; ceñirse por corona, tal cual vez, un arco-iris; arder en la dorada sangre solar, madre de sangres, vestirse de azul, como el alto firmamento; escoltarse

con montes; abrirse el pecho para criadero de águilas; rimar y sufrir como un océano; despeñar truenos y niágaras con el músculo de la palabra; ser inasequible, ignoto y lejano como las nebulosas; suprimir las distancias y el tiempo; conocerlo todo antes de haberlo visto; dar intención a las sombras y hacer hablar las piedras; asumir el cuerpo y el alma de lo visto y lo soñado; ser racha en el viento, perfume en la flor, savia en la hierba, vago contorno en la nube; adaptarse a ángulo, triángulo y esfera, y sentirse por siempre un poliedro incircunscripto; escapar a todo peso y resistir a toda fuerza; hacer que hombres y cosas vengan, sumisos, a servir de arena, ladrillo y hierro para levantar palacios tan solemnes y constelados como la noche:—he allí algo de lo muchísimo que nos ha sido dado por la sola aptitud de imaginar.

Ya es algo, me parece...

VOLTAIRE

A EDMUNDO MONTAGNE

I

Quien lee a Voltaire, asiste a una fiesta de risa y de maldad, dispuesta con mucho más ingenio que genio, y tiembla por su flora celeste ante la amenaza de aquellas manos prontas a segarla. Disciplinas o ideales cimentados en lo metafísico y lo abstracto, sueños realizables en un plano superior al de la existencia ordinaria, luchas por rasgar el velo que nos oculta el secreto de causas y principios, fervorosos anhelos del más allá... ¡ay de todo ello cuando cae bajo el hacha jacobina de su pluma!

Voltaire es un ciego en el palacio del alma. En vano invoca la presencia de su dueño: él no se muestra a los astutos, ni a los maliciosos, ni a los sordos. No se penetra en tan sagrado lugar "razonando", así sea de un modo admirable, ni es la indigente argumentación del sentido común el arma propicia para conquistar sus tesoros. De ahí que el filósofo que llenara el siglo

XVIII, fuera toda su vida un deísta a obscuras, amarrado, en su vejez, al suplicio de la duda y al regocijo poco noble de la sátira.

El autor del "Cándido" no monta en Pegaso; teme caerse de las estrellas. Pasea su célebre sonrisa jinete en un mulo sagaz que ha aprendido dialéctica. Reconozcamos, no obstante, que no es tiempo perdido el empleado en leerle. Trátase de un "sabio" hecho a prueba de amarguras, con un conocimiento grandísimo del mundo y de los hombres, vale decir: con un grandísimo conocimiento de la ruindad y la miseria humanas, pero incapaz de comprender lo eterno que alienta en los profetas y en los Libros Santos. Espíritu sin intuiciones, alicorto para los altos vuelos por sobre la vida, asaz concreto, frío, exento de tonos y matices, siempre a flor de asunto, resulta bajamente vulgar cuando pretende burlarse de ciertas cosas...

Apenas si hay algo que le apasione de una manera profunda. Muéstrase cobarde ante el misterio, socarrón y malo para con lo que no entiende. Tiene, sí, de vez en cuando un chispazo divino, mas se apaga al renglón siguiente. Es una piqueta en lo tambaleante, un demolidor de ruinas. Jamás lo hubiera sido de murallas enteras, firmes. ¡Desgraciado el débil a quien cautive la lógica volteriana!

II

La Iglesia estuvo muy puesta en razón al combatirle tan encarnizadamente, pues Voltaire es un enemigo terrible. Embaucadores, escribas, mercaderes y fariseos, concluyen por dejar en manos del filósofo la máscara tras la cual offician, siendo, por otra parte, de la índole de su pensamiento, ese su empeño tenaz en mostrar de los sepulcros blanqueados sólo la gusenera interior. La farsa monstruosa de los antiguos papas, tan duchos en crímenes como en teología; las depredaciones de los reyes, tanto más voraces cuanto más insaciables; los privilegios absurdos de los grandes señores, aliados naturales de toda injusticia; la vanidad rotosa y mendigante — aunque bien compuesta

y soberbia — de poetas sin estro y escritores sin letras; la envidia malhumorada y tuberculosa de zoilos y aristarcos... recibieron, pegado sin asco, el latigazo de Voltaire.

III

A pesar de su ceguera respecto de lo dual en la naturaleza, de su irreverencia para con lo que ni siente ni comprende, el filósofo nos resulta simpático, atractivo, honrado, y nos hace reír. Había un clown imponderable en ese hombre agrio y acaso triste. No creemos en el dictado de "alegre", que le diera Schopenhauer.

Con todo, Voltaire ha servido a Dios quizá no dándose cuenta él mismo, como en nuestros días lo ha servido Nietzsche, quien se llama a sí mismo — en cierto prólogo profundamente doloroso — "abogado del diablo". Más alta que las más altas montañas, más alta que las estrellas, más alta aún que nuestra esperanza, hay una línea en la cual cabe Marat al lado de San Francisco de Asís...

LAS PALABRAS

I

Jamás pronunciarás “tristeza”, o “misericordia”, con el mismo tono con que pronuncias “infamia”, o “serpiente”; y es porque las palabras, como las personas, te muestran una fisonomía, un gesto y una intención. Las hay en extremo simpáticas; las hay odiosas y que te causan miedo.

II

En tu viaje de siglos, tú no has creado las palabras. No has hecho más que descubrirlas y recogerlas a medida que fuiste avanzando. Ellas son espíritus nacidos a la par del mundo.

III

¿Nunca te paraste, meditando, ante esos raros, misteriosos espíritus? No te hablo solamente de cuando

las sientes pronunciar, envueltas en la música propia de la voz que las emite: certeza de tu oído. Me refiero también a sus "cuerpos" estampados en el papel, inagotables de elocuencia en su mudez: certeza de tus ojos.

IV

La fatalidad de la cual dependen las palabras, está por encima de esa otra fatalidad a que obedecen el mar y la mosca.

V

Nombrás una cosa. La cosa es, en cierto modo, la cara, lo exterior. Su nombre es su alma, o, al menos, la aproximación a su alma.

VI

Las cosas te ofrecen su alma al ofrecerte la palabra.

VII

La palabra tiene, lo mismo que la cosa, su faz doble. No en vano los hombres de leyes te hablan del espíritu de la ley. No te quedes en la ley: penetra en su espíritu...

VIII

Nunca alabarás suficientemente al alfabeto. El te ayuda a balbucir el alfabeto de los mundos.

IX

Todo cabe en el a, b, c,...

X

Yo sé que tu mejor recuerdo no lo forma tu primera novia — primer turbio dolor — sino la última cartilla que garabateaste en la escuela.

XI

Un libro — aun el más banal — es una urna de signos vivos, que hablan, gesticulan, lloran o cantan, a la primera vuelta de hoja. Cierras el libro... ¿y qué? Ellos siguen allí mismo, viviendo con vida propia y profunda, independizados de toda tutela, de la mente que los ordenó, de la mano que les puso una firma.

XII

Un libro de amor, o de esperanza, es superior, muy superior a tu estrellita predilecta:—pobre estrellita bruta que te sonríe y te llama, cuando, en las noches, abres tu postigo.

XIII

Las palabras de la carta de tu madre, de tu amigo, de tu hijo, teorean la frente con una brisa celeste. Tus afectos salen a la puerta, como a la espera de alguien, en tanto que unas campanitas humildes repican gozosas en tu corazón, vistiéndote de aldeano despreocupado en un día de la Virgen. ¿Qué ha motivado tan buen acontecimiento? ¿Por qué todo ese azul, y todo ese oro, y todas esas estrellas? Muy poca cosa, en apariencia. Al llegar el cartero te dejó un pedazo de papel, lleno de signos pequeñitos, o gruesos, o estirados, que se expresaban maravillosamente.

XIV

Hoy he llorado y he reído con aquellas lágrimas y aquella risa que tuve siendo niño. ¡Eran tan buenas, tan altas tus palabras!

XV

De esa página veo levantarse, mientras la leo, una espiral toda alas. De esa otra, una fila de bestias terribles que vienen a devorarme el corazón:—recta negra que se me clava como una flecha!

XVI

Hay, pues, palabras-ángeles y hay palabras-demonios.

XVII

—“¡No me hables así! ¡Tus palabras me hacen daño!”

—“¡Háblame así! ¡Cuánto bien me producen tus palabras!”

Esas exclamaciones de tu prójimo te advierten todo el poder de las palabras, la manera cómo debes usarlas, y, lo que es mejor, el alma que atestiguan.

XVIII

Tu dolor, tu esperanza y tu sueño están poblados de palabras. Aprende a “sentirlas” para que puedas pronunciarlas.

XIX

“Su silencio era elocuente”...

¿Quién, casi tan elocuente como aquel silencio, fué el primero que usó esa frase? Ni lo sabes, ni lo sé; pero tus manos y las mías han trabajado juntas para fabricarle un arco de triunfo.

XX

No creas que el grito y el rugido, porque se nombren grito y rugido, dejen de ser "palabras". Al rechazar la teoría cartesiana respecto a los animales, abriste, en lo moderno, una puerta divina.

XXI

El aullido de un perro, bajo la luna, es tan expresivo y tan triste como tu más triste y expresiva elegía; y la selva, al despertarse, tiene clarines más puros que esos de tu himno.

XXII

El canario que hace la felicidad de tu hermanita, que corona sus bucles de musical transparencia, ¿no te enseñó nunca, mientras cantaba, el anhelo celeste de la palabra?

XXIII

¿No oíste, a veces, levantarse de la piedra una voz sorda, que te decía:—Yo simulo la inercia?...

XXIV

Cuando escucho, por las mañanas, la diana del gallo, me parece que el sol la recibe y la comprende.

XXV

Todo habla, todo tiene su palabra. En el universo no hay nada inexpresivo; pero tampoco hay sér, ni cosa, que se exprese con tu consciente deseo y clarovidencia.

Además de descubrir y recoger "tu" palabra, has descubierto y recogido la palabra de los seres y de las cosas.

XXVI

Asistes, diariamente, al murmullo de una infinita oración: columna espiritual, ascendente columna hecha con todas las formas de la palabra: voz del hombre y voz del mar, de la tierra y del viento, del cielo y de la bestia.

XXVII

Con sólo una palabra me coronas, y me hundes con sólo una palabra. Tu negación apaga el cielo a mis ojos. Tu asentimiento lo despliega en el más estupendo milagro de estrellas.

Admiro tu grandeza, hijo de Caín...

Biblioteca de la Academia Mexicana de Letras



DIRECTORES:
ERNESTO MORALES Y LEOPOLDO DURÁN

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

CUADERNOS PUBLICADOS:

PRIMER AÑO

- | | |
|------------------------|--|
| 1. ALMAFUERTE | Evangélicas |
| 2. RABINDRANÁTH TAGORE | Poemas |
| 3. JUAN B. JUSTO | Labor Periodística |
| 4. JUAN PEDRO CALOU | Breviario de los Tristes |
| 5. LAO - TSÉ | El Libro del Sendero y de la Línea Recta |
| 6. RUBÉN DARÍO | Cabezas |
| 7. OSCAR WILDE | Balada de la Cárcel de Reading |
| 8. LEOPOLDO LUGONES | Cuentos |
| 9. EDGAR POE | Las Campanas y otros poemas |
| 10. JOSÉ INGENIEROS | Paleología de la Curiosidad |
| 11. CLEMENTE ONELLI | Aguafuertes del Zoológico |
| 12. ANDRÉS TERZAGA | Líneas |

En esta Administración hállanse de venta
algunas colecciones del primer año al precio de
 DIEZ PESOS

SEGUNDO AÑO

Cuaderno de próxima publicación:

CANCIONES Y POEMAS,

por Rafael Alberto Arrieta

SUBSCRIPCIONES:

Capital, un semestre \$ 1.20 m/n — Interior \$ 1.50 m/n
" un año " 2.40 " — " " 3.00 "
Número suelto \$ 0.25 centavos

OFICINAS: **SÁENZ PEÑA, 176** — BS. AIRES

DIRÍJASE LA CORRESPONDENCIA A

LEOPOLDO DURÁN